

toria, ni la estrategia militar ni las ventajas del país lo exigen. Todas las razones hasta aquí enumeradas, fueron auducidas por los partidarios de Roma capital una, con el fin de ocultar su verdadero objeto, el cual debe ser de tal naturaleza, que no les convenga confesarlo abiertamente. La Italia de los italianos ha sido pues engañada por una Italia fingida, compuesta de italianos y extrangeros, que ha hablado y obrado en nombre de la verdadera Italia, reemplazándola por todos los medios imaginables, sofocándola por la temeridad, por la fuerza y por la violencia.

Es condicion perpetua de los pueblos de imaginacion viva é impresionable, ser víctimas de los más audaces, apoyados por los incautos y pasivamente tolerados por los demas, cuando saben hablar un lenguaje brillante y hacer espléndidas promesas. No faltaron en Italia de estos atrevidos, herencia de los tiempos napoleónicos, fruto de educacion mal entendida y de circunstancias extrañas, por las cuales frecuentemente los enemigos de estos tales, han venido siendo sus más poderosos aliados.

No estamos en el caso de narrar la historia contemporánea; es larga y conocida por los que saben estudiarla, pero es preciso no ocultar que para formar el estado actual de cosas se juntaron dos poderosos elementos; los designios de las sectas anticristianas y las ambiciones de un Estado. Las sectas tenían necesidad de arrancar de Italia

sus principales enemigos, y singularmente al Papa; necesitaban la Roma capital de Italia para destruir la Roma capital de la Iglesia; el Estado tenía necesidad de cómplices que le ayudasen á llevar á cabo sus viejas ambiciones de sujetar á su poder la Italia entera, provincia por provincia. Llegó un dia en que las sectas tendieron su mano al Estado para ayudarle en la empresa: el Estado aceptó el apoyo que le prometian, y ofreció llevar las sectas á Roma. Y esto no es parábola, sino historia verdadera; entera, innegable, con firmada por confesiones preciosas, por infinidad de documentos, historia que desafiamos á que nos la nieguen.

Sucedió que el Estado sardo puso al servicio de las sectas anticristianas, sus armas, su gente, su dinero, esperando bien dominar y no ser dominado por las sectas, bien consolidar su porvenir haciendo alianza con ellas. Es tambien de notar que los hombres políticos y los principales generales de aquel Estado, eran todos sectarios; rebeldes en gran parte á sus soberanos, contra los cuales habian conspirado; escapados de sus respectivos países por ellos turbados con tumultos; restos de conciliábulos secretos dispersos y arrojados de otras naciones, y venidos á Italia para probar fortuna. Ahora bien; para éstos, la unidad italiana era un medio de arrancar á Roma del poder del Papa, y Roma capital un medio á su vez para hundir la Iglesia católica; pero estos dos medios eran ne-

cesarios á las sectas secretas para conseguir el fin que se proponian, y fueron llevándolo y conduciéndolo todo segun su voluntad, incluso el Estado, que, creyendo tenerlas aliadas, estaba dominado por ellas. Lo que los más imprudentes de entre los sectarios escribieron hace poco al hacer la apología de Pietro Cossa, ha revelado más de lo que parece, el objeto que se proponian con la usurpacion de Roma.

Uno de los principales sectarios, oculto bajo el pseudónimo de Julius, confesó que al venir á Roma se trataba de destruir la Roma papal y de restaurar la Roma pagana; el citado Pietro Cossa, fué proclamado poeta de esta Roma, sin fijarse que él habia dicho á voz en grito á un extrajero alemán, á un apóstata. "Cuanto nuevo de gloria la historia nos recuerda, es gloria tuya." Atribuyendo á Martin Lutero las modernas glorias, le llamaron poeta de la jóven Italia y enemigo de la Roma cristiana, probando claramente que en sus intenciones Roma capital significaba Roma pagana.

"La Roma antigua, escribia Julius, la Roma civil y pagana despierta del mortífero letargo en que le habia sepultado el sacerdocio," y concluia diciendo: "Levántese del seno de la Roma civil la Roma sacerdotal, el sucesor de San Pedro sacuda como aquel el polvo profano de sus sandalias y váyase."

José Mazzini, maestro de los italia-

nos unitarios, habia dicho antes de una manera abierta y franca: "que una revolucion podia hacer surgir una nueva fé, una nueva iglesia, libre como todas las demas...pero para todo esto era necesario tener á Roma en la mano."

El *Boletin del gran Oriente de la masoneria italiana*, desia en sus primeros números: "miéntras Italia esté sujeta al Pontificado, de grado ó por fuerza, el mundo gemirá bajo su yugo. Necio es, y ciego está quien no siente ni ve esta mision terrible y peculiar de la raza italiana." En otra parte, hablando con más claridad, añadia: "El mundo respiraba hace poco viendo cómo Italia se preparaba á sacudir el yugo del Pontificado Romano..... Las potencias le reconocian el derecho de existir como nacion, en cuanto le confiaban la mision altísima de libertarlas del poder de la Roma católica." Los trabajos de las sectas, juntamente con los de los unitarios á ellas reunidos, á pesar de sus protestas (porque los nombres de sus jefes, ministros, diputados, senadores y prefectos, están incluidos en los registros sectarios y de ello puede convencerse quien tenga á mano los diarios y almanaques masonicos), tendieron siempre á la destruccion de Roma católica, que segun confesion del citado *Boletin* ES EL FIN QUE LA MASONERIA SE PROPONE y por el cual hace siglos que trabaja. Para conseguir este fin, necesitaba la masoneria despojar al Papa de su ciudad, y el Papa fué despojado.

El poeta del masonismo entonaba un himno á Satanás, publicado en el órgano oficial del Gran Oriente de Italia. "Tu inspiras, ¡oh Satanás! mi verso si brota de mi seno, desafiando al Dios de los Papas Reyes." Canto blasfemo que terminaba con el voto de la masoneria triunfante. "Salve, Satanás, vencedor del Jehová de los sacerdotes."

El fin, pues, de Roma capital de Italia, segun el *Boletin* masónico, es la guerra al Dios de los católicos y al Papa Vicario de Jesucristo. A ella se encaminan las leyes y estatutos designados ántes ó despues de 1870; á ella se dirige, segun las últimas revelaciones de Bonghi la famosa ley de las garantías; esto es lo que confiesan los mismos que declaran y fomentan esta guerra formidable; y es preciso haber perdido el sentido comun para formarse ilusiones de esta materia.

La masonería ha declarado guerra al pontificado, ha puesto á su servicio la ambicion, las pasiones y los vicios; se ha servido del poder de un Estado católico para completar sus preparativos, estableciendo su cuartel general en Roma, prometiéndose, como sin ambages ni rodeos dice Stefano de Rorai en su *Boletin oficial*: "La gloria de rematar la idra terrible del Pontificado, plantando sobre su fosa el pabellon secular de *Verdad—Amor*."

Ferrari habia dicho: "que no se podia adelantar un paso sin enterrar antes la cruz." Sbarbaro, en un libro que

escribió sobre la libertad, declara que "todos los sectarios están conformes en que nunca tendremos libertad nacional, con la esclavitud de las conciencias, mientras Roma.....tenga influencia en la familia, en las escuelas y en el corazon." Y en otra parte concluia: "nos encontramos en medio de una lucha, no de intereses sociales, sino de principios religiosos, y ciego está quien no lo vea."

La masonería, como repite Sbarbaro y como dicen sus jefes, ha querido siempre ocupar el puesto de la Iglesia, y á este fin usurpó la ciudad de Roma para hacerla centro de sus operaciones, con el pretexto de hacerla capital de Italia. Esta, y no es otra, la razon que les impulsó á fijar el trono de la nueva Italia en una ciudad que ni la historia, ni la política, ni el arte militar ni la nacionalidad, ni las ventajas de la patria aconsejaban. Pero este fin y esta razon impulsiva "son cosas prematuras, como decia Mazzini, y solo puede decirse al pueblo redimido ya." Así es como se explica que ántes de la redencion de Italia se hiciese uso de las palabras *nacionalidad, libertad, etc*; pero hoy que la masonería ha completado ya la redencion del pueblo italiano, levanta su grito y francamente declara "que la iglesia desarmada no es la iglesia muerta, y ES PRECISO DECAPITARLA EN ROMA," como decia Alberto Mario, poco ántes de la invasion piemontesa.

COLECCION

DE

Documentos Eclesiásticos.

Imp. de N. Parga.

Resp., Tomas Gonzalez.

Tom. 3. Guadalajara, Noviembre 8 de 1882. NUM. 55.

SECCION I.

Disposiciones generales de la Iglesia.

El 13 de Julio, en la mañana, tuvo el honor de ser recibida por el Padre Santo, en audiencia particular en el salon del Trono, una comision de la *Federazione Piana* de las sociedades católicas de Roma.

La diputacion presentó á Su Santidad varios volúmenes cubiertos de firmas de individuos de Roma, que protestan contra los actos y las escenas salvajes del 13 de Julio, cuyo primer aniversario era ese dia. El número de las firmas era de ochenta mil.

Habia en la audiencia, además de la corte pontificia, los Eminentísimos Cardenales Chigi, Ledochowski, Nina, Luis Jacobini, Merlet, Pecci, Ange, Jacobini y muchos Obispos y prelados.

El Sr. Conde Ignacio de Witten, vicepresidente de la *Federazione Piana*, leyó una bella carta de adhesion, á la cual el Padre Santo contestó con el discurso que sigue:

"El afecto de los hijos es tanto más

grato al corazon de un padre, cuanto más aciagas y difíciles son las condiciones en que ese afecto se manifiesta. Tal es sin duda el testimonio de amor y de adhesion que me ofrecis hoy, queridos hijos, al presentarme esos cuatro nuevos volúmenes, cubiertos de las firmas de multitud de romanos, que afirman solemnemente su inquebrantable adhesion á la Iglesia de Jesucristo y á su Jefe visible.

Esas multiplicadas manifestaciones tienen para Nos una alta significacion, porque dan ellas un solemne mentís á los que quieren hacer á los romanos el insulto de creerlos en su generalidad ménos adictos á la causa de la Iglesia, ó indiferentes á todo cuanto se hace contra ella en el recinto de los muros de su ciudad.

En verdad, parece imposible; pero los hechos que habeis recordado y que han sucedido, especialmente desde aquella infausta noche que fué testigo hace un año, de las sacrílegas ofensas inferidas á los restos venerables de nuestro glorioso predecesor, manifiestan hasta la evidencia la guerra terrible que se